

EL FUSIL

Siglo II.—Año XI.—Disparo 521.

SEMENARIO RADICAL

ÓRGANO OFICIAL DEL SENTIDO COMUN

OFICINAS:
Calle de los Caños, núm. 4, 1.º derecha.

PRECIOS:

Plantillas (un año).....	Tres pesetas
Plantillas (dos años).....	Seis »
Número suelto corriente.....	5 céntimos
» » extraordinario.....	10 »
» » atrasado.....	25 »

Para los paqueteros: 4 3 céntimos.
Extraordinario: 4 6 céntimos.
(Se da 5 ejemplares en adelante.)

PAGO ADELANTADO
en Libranza del Giro ó de la Prensa, sobre moneda
ó letra de fácil cobro.
NO SE ADMITEN ORDENES

Toda la correspondencia al administrador
D. José Arrufat.

Madrid 29 de Agosto de 1908.

YO TIRO SIN COMPASIÓN.—YO NO ADMITO SUBVENCIÓN—NI ME CASO NI ME VENDO.—DE RETÓRICAS NO ENTENDO—Y AL LADRÓN LLAMO LADRÓN

¡SE ACABÓ EL ALMANAQUE!

Estaba escrito. Tenía que suceder y, naturalmente, ha sucedido. El *Almanaque* de EL FUSIL para 1908 se ha agotado, y no podrán obtenerlo ni gratis ni *mediantibus illis* los que no han comprado rábanos cuando pasaban.

Lo único que no se agota nunca es nuestra esplendidez, y, gracias á ésta, regalaremos á los que ahora se suscriban á EL FUSIL por un año (pago adelantado) CUATRO CUADERNOS diferentes de la

BIBLIOTECA MACANUDA

RATONERA (1)

SIGUE EL DESFILE

Tal vez por los barcos que hay en *Cartagena*, abundan las ratas tan sobremanera. Además del socio Martínez Requena, otro que tal baila, DON JOSÉ CONESA, se nos ha comido bastantes pesetas (2). ¡Ya en aquella plaza nadie me la pega, pues ni al mismo Banco le fio una perra!

Servicio de imaginaria para el próximo desfile: un socio de un pueblo de la provincia de Santander. ¡Prepárate, amigo P. G.!

CARICIAS DE FRANCIA

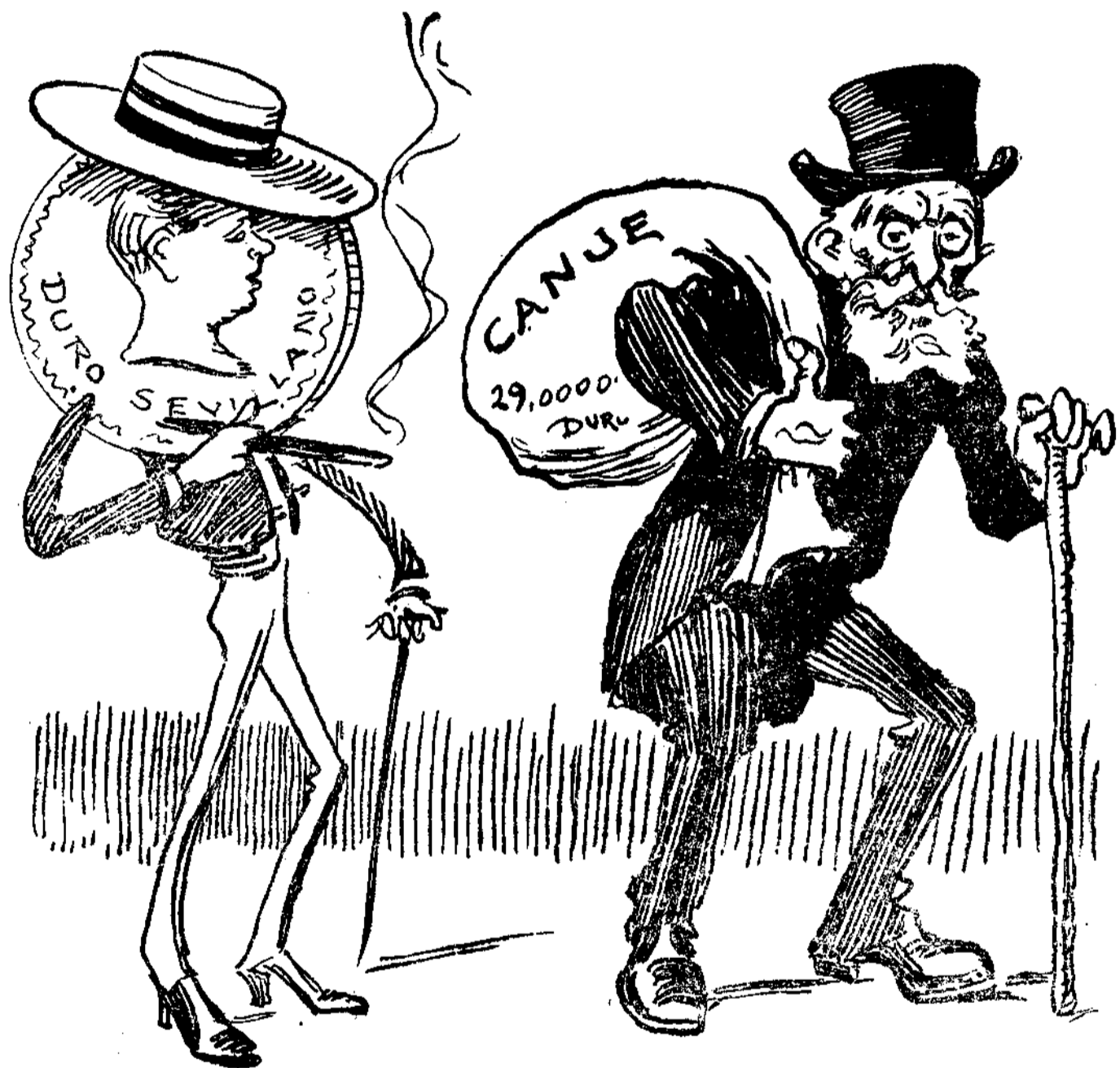
Si ser pudiera que por la acción de Francia desapareciera por completo la influencia de España en Marruecos, ya habría desaparecido, según lo mucho que Francia ha hecho por desacreditarnos á los ojos de los marroquíes y lo poco que han hecho nuestros gobiernos por defender y aumentar nuestro valer ante los moros.

Una de las cosas que han aprovechado los franceses que tratan de imitar la política artera de los ingleses, si bien sin la habilidad de éstos, ha sido el saneamiento de la moneda, cuyo hecho, para los hombres de buena fe, no deja de ser una muestra de la honradez de España, que abre su tesoro para recoger la moneda ilegítima, no ya la que se encuentra en poder de los españoles, sino la que está en manos de los moros, que de perderla ellos, no mermaría el remanente de nuestro tesoro en la cantidad, poca ó mucha, á ellos carjeada.

(1) Véase *Exposición permanente*, en 4.ª plana.

(2) 27,75.

DESPUÉS DEL CANJE



GEDÉON BUSTILLO.—Con mi ley por siempre estáis, discos, en el ataud.
DURO SEVILLANO.—«Los muertos que vos matáis gozan de buena salud.»

Pero los franceses, en vez de tomar las cosas en este sentido, truecan la verdad y tratan de hacer creer á los moros que la moneda española no tiene valor.

Nada menos que ésta ha sido la campaña emprendida estos días por el único periódico francés que se edita en Tánger, el cual, para que no pueda haber duda sobre su tendencia, ha escrito en árabe, única vez que ha escrito en este idioma, los artículos encaminados á depreciar nuestra moneda, pintando á los moros en su propio idioma nuestra moneda como totalmente insegura en su valor, por las muchas falsificaciones que de ella hay.

Y por si esto fuera poco, los judíos de Marruecos, que son muchos y codiciosos, como judíos, alentados por esta campaña, se han echado á comprar, entre los incautos moros, monedas de cinco pesetas á seis reales.

Y, claro, como la moneda española circula en Marruecos casi más que la marroquí, los ahorros de los moros están en duros, y con esta campaña de los franceses, unida á la codicia de los judíos, son muchos los moros que han visto sus ahorros reducidos á menos de la tercera parte.

Y calculen nuestros lectores el sentimiento de ira que hacia España se habrá despertado en aquellos que hayan visto dos mil reales de ahorros convertidos en seis céntimos.

Suerte y no poca que los moros han aprendido bien á su costa lo egoísta de la acción francesa, que, de otro modo, esta nueva caricia de la amistad de Francia hubiera tenido mucha más eficacia.

Pero á estas caricias francosas responde nuestro gobierno, preparándose con una actividad sobrehumana, en previsión de los acontecimientos. Los diplomáticos de to-

das las naciones de Europa que estaban veraneando, regresan precipitadamente á sus destinos, en vista de la derrota de Abdel-Aziz y de la proclamación en Tánger de Hafid, el gobierno francés se reúne inmediatamente y se pone al habla con el presidente de la República, y, entre tanto, el gobierno español despliega una actividad pánsmosa para... veranear.

Cada ministro anda por su lado, y el de Estado para estos días en un publicito donde no hay ni telégrafo, en tanto que, acaso para disimular su propia inercia, aconseja á D. Alfonso que vaya á Inglaterra á visitar á su suegro.

Medrados estamos con estos gobiernos que nos zaraudean.

Yo no sé qué presaría si no hubiera ni remotos peligros de complicaciones internacionales; es de sospechar que entonces serían los ministros como los antiguos ca-

ras nuevas de los Ministerios, que sólo parecían por sus dependencias para cobrar la nómina. Los ministros es de creer que se harían llevar la paga al punto del extranjero desde donde regentaran su Ministerio, que no otra cosa da lugar á suponer el ver que estamos en peligro de que nos coja una tormenta internacional, y están todos tan impasibles tomando el fresco en las regiones del Norte como si no pasara cosa alguna.

Porque en Marruecos no son Hafid y Aziz los que han luchado, han sido Alemania y Francia, y ésta es nuestra amiga y ya vemos las caricias que nos hace: dos-acreditarnos cuanto puede, y si hay complicación y puede comprometernos para que llevemos los palos y contentar á Alemania con la cesión á ella de parte de nuestros derechos y alguna de nuestras posesiones en la costa marroquí, ya lo hará sin vacilar.



¿LOS TOMAMOS O QUE?

Ya han recogido los duros de Sevilla ó de... alta mar, ya nos han hecho la *cusque* por delante y por detrás, por activa y por pasiva, ya nos han hecho danzar con los *discos* en la alforja del pueblo á la capital. Y después de tanta danza y de tanto jeringar, estamos lo mismo que antes ó mucho peor quizá sin saber si el *disco* es bueno ó si es de cuño ilegal. El Tesoro habrá perdido... lo que pierda, que serán siempre bastantes millones, un quebranto regular ha sufrido nuestro crédito, y el mercado seguirá con igual *sevillanitis* que antes de bustillear. ¡Y el ministro tan campante! ¡Y el gobierno tan juncal! ¡Y... aquí no ha pasado nada: puede el baile continuar! (El baile á que me refero, es lo figuraréis ya, es la fábrica de duros de Sevilla ó... de alta mar.)

Bueno, y ahora, ¿qué hacemos? ¡Tomaremos, si nos dan, duros de cuño dudoso que nadie sabe apreciar sin un año ó dos de estudio y abundante instrumental! ¡Rechazaremos en seco todo duro sin mirar si ha salido de la fábrica de Madrid ó de Alcalá, de Sevilla ó de Alicante, de Murcia ó de La Bisbal! Yo opino que en siendo plata se puede un duro tomar sin fijarnos en orejas ni en raya menos ó más, y así, que rueda la bola hasta que vuelva á inundar el mercado con sus duros la fábrica extra-legal, que para meter el remo Bustillos no faltarán. Vendrá entonces otro canje, el Estado perderá otra porción de millones y al punto vuelta á empezar.

Que tanta y tanta burrada ha de tener mal final, que esto como un triquitraque á la postre estallará, que vamos á la gran *eme* á toda velocidad... Sí, señor, ¿qué duda cabe! pero si sólo llorar y quejarnos cual mujeres sabemos, bien nos está todo lo que está pasando

y lo que vendrá detrás.
Que La Cierva nos jeringa...
¡dejémosnos jeringar!
Que el otro nos bustillea...

¡no lo tomemos á mal!
Que dan discos sevillanos...
¡tomemos lo que nos dan!

CONSTITUCIÓN DE FUSILANDIA

TRATADO COMPLETO DE REVOLUCIÓN DESDE ARRIBA
SEGUNDA EDICIÓN

He aquí el *Índice* de esta obra monumental que será la admiración de las generaciones futuras:

I. De la nacionalidad.—II. De la forma de gobierno.—III. De las Cortes.—IV. De los ministros.—V. De la Administración.—VI. De las contribuciones.—VII. Del Ejército.—VIII. De la Administración de justicia.—IX. De las Clases pasivas.—X. De la enseñanza.—XI. De la Iglesia.—XII. De la diplomacia.—XIII. De las Aduanas.—XIV. De la libertad de comercio.—XV. De la observancia de la presente Constitución.

Precio: 1,50 pesetas.—Para los suscriptores:

¡¡ Una peseta!!

¡POBRE ABD-EL-AZIZ!

I

Ya sabemos lo que ocurre en Marruecos.

Estaba reinando Abd-el-Aziz ó Ab-del-Aziz, como dicen otros, y lo pasaba tan ricamente.

Se daba el tío la gran vida.

Como comer, no sé yo lo que comería, pero de seguro no habría tajada gustosa que no apeteciera su respetable panza, y y de la cual la panza de la majestad no fuese inmediatamente servida.

¿Carne? Pues carne.

¿Truchas? Pues truchas.

¿Kuz-kuz? Pues kuz-kuz.

¿Peces de colores? Pues peces de colores.

¿Perniles de esclavo? Pues allá van á la tripa del sultán todos los pernils de todos los esclavos que le diera la gana.

En cuanto á diversiones el tío las tenía abundantísimas. Todo lo que da de sí Marruecos en diversiones.

Solo que las diversiones de Marruecos son siempre diversiones de secano ó en tierra firme.

Marruecos tiene miedo al agua, y sobre todo al mar.

A Marruecos, y eso que tiene tantas costas, que no le digan nada de cosas marinas, ni de regatas, ni de balandros, ni de remos, ni de velas.

En eso sí que se quedaban atrás los marroquíes. Allí el sultán ni balandrea, ni regatea, ni despliega la vela, ni mete el remo en la mar salada.

Pero en tierra firme, en correr caballos, jugar á la pólvora ó ir en palanquines con quitasoles ó en coches, ¿quién le podía poner las pajas al sultán marroquí?

Además Abd-el-Aziz era un aficionado extraordinario á los chismes de la civilización.

La fotografía le gustaba con delirio. La pintura lo mismo.

El cinematógrafo era para él un encanto.

Los automóviles le fascinaban. Y si no corría como un loco con ellos, era por la maldita casualidad de no haber carreteras en el Imperio. Tenía que correr sólo por el interior de sus jardines, que eran, según testimonio de Morote que los vió, grandísimos.

Y lo mismo le pasaba con la bicicleta. De la bicicleta era un admirador tan formidable, que como le estorbaba el traje moro para darle al pedal, se lo cambió haciéndose calzones á propósito.

Lo mismo que nuestras damas pedaleadoras, las cuales, aun cuando para montar en bicicleta no se quitan las faldas, se ponen, sin embargo, los calzones.

Pues en cuanto á placeres de otra índole, ¿qué le faltaría al tío ese con un harém tan grande, tan escogido y tan borrical como el que tienen los reyes moros?

Y aún decía que estaba soltero, y que con su soltería lo pasaba tan ricamente, sin más cuidados que los ligerísimos de gobernar el Imperio.

Solteros así también hay algunos ricos en Europa.

¡Qué brutos!

II

Al sultán, sin embargo, ora porque sus súbditos no le proporcionaban todo el dinero necesario, ora porque los extranjeros le robaban horriblemente, nunca le faltaban deudas.

Estaba acribillado de ellas. Públicos son los negocios que con el sultán hacían los fabricantes de automóviles, bicicletas, máquinas fotográficas y demás chismes de que se enamoraba el tío.

Cuando pedía algo, además de ponerse lo carísimo, á precios inverosímiles, le mandaban una docena ó un ciento y le decían:

—Eso no se vende más que por docenas ó por cientos.

Y así le hacían tragar al hombre infinidad de cosas y le robaban con poquísima vergüenza.

Por mucho menos que eso cortarían el pescuezo en Marruecos á muchísimas personas...

Con tanta deuda el sultán tuvo que hacer empréstitos que le dieron enseguida las naciones europeas.

—Todo lo que quieras, requerido—decían al sultán las naciones—. Lo que te dé la gana. Echa por esa boca.

Y se despepitaban y hasta reñían por cuál le había de dar más dinero.

Las bribonas lo que querían era cobrar-se lo con las setenas embargándole al sultán tajadas de su Imperio.

Precisamente para pagarle al sultán lo que pidiera se formó un Banco en Marruecos. Y entre el Banco y las naciones, ¡vaya un despilfarro! ¡Allá van millones! ¡Allá va la órdirga á Abd-el-Aziz!

Por eso me río yo ahora ante los calculadores profundos que salen por esos periódicos discutiendo sobre la cuestión de Marruecos y diciendo:

—Las potencias reconocerán enseguida á Muley Hafid.

¿Enseguida, eh?—contesto yo. ¡Magras! Le reconocerán, eso sí; que á ellas les importa poco que mande quien le dé la gana en Marruecos, pero ha de ser con una condición. Antes de reconocerle le presentarán la cuenta y le dirán:

—¡Hola amigo! ¿Con que tú eres el Emperador? ¿Con que le has dado á tu hermano un puntapié en la posterioridad y lo has enviado á escardar cebollinos? ¡Caram-

ba! ¡Cuánto nos alegramos de eso! Eso prueba que en Marruecos son valientes. Cuando tienen de Emperador á un zángano que no piensa más que en juegos y darse buena vida, le dan el canuto y le dicen: —Rey bruto, rey estúpido, rey mostrenco:

Si piensas que has nacido para divertirte en vez de trabajar te equivocas de medio á medio. Si quieres pasarte los días y los años de diversión en diversión, compras una mona...

Todo eso decimos que está bien, pero amigo, falta el rabo por desollar. Es el caso que tu señor hermano tenía con nosotros unas cuentecillas de nada. Una friolera que nos debía. Total, cien millones de francos tirando por lo largo.

Con que ya lo sabes, Muley. O pagas esos cien millones de francos ó nos los cobramos en tu Imperio empezando á zambombazos contigo.

Y aquí está el verdadero problema de Marruecos. ¿Que el tío Muley paga? Pues le reconocen á escape.

¿Que no paga? ¿Que contesta con mucha guasa que le vayan á pedirle el dinero á su hermano? Pues zambombazo en él y á pescar de Marruecos lo que buenamente se pueda á río revuelto.

Así es que, según mi cuenta, el tío pagará ó prometerá pagar aunque no pague, que para el caso es lo mismo. ¡Son sumamente zorros los señores moros!

III

Perjo deo á los fusileros de problemas de Marruecos y vuelvo al problema personal de Abd-el-Aziz.

Cojo un periódico español y lo primero que leo estos días es lo siguiente:

—¡Pobre Abd-el-Aziz!

Tiro ese periódico, pisco otro, me pongo á leer, y la misma canción. De seguida topo con un artículo que dice: ¡Pobre Abd-el-Aziz!

Me voy á los periódicos franceses y como si me hubiera estado quieto. Todos ellos están encerreado con Marruecos y con Muley Hafid y con su hermano, y de unas en otras van á parar al mismo punto: —¡Pobre Abd-el-Aziz! ¡Tan ricamente como estaba, tan poderoso como era y ahora verse á la altura de Carracual! ¡Pobre Abd-el-Aziz! Francia debe de acogerlo en su seno como á Abd-el-Rader y señalarle una pensión decente para que viva y se divierta. ¡Pobre Abd-el-Aziz!

Y, francamente, les digo á ustedes que eso es lo que á mí me revienta. ¿Por qué han de decir todos: ¡Pobre Abd-el-Aziz! ¿Por qué le han de tener duelo á ese tío? ¿Por qué?

Sencillamente, porque los hombres somos burros de solemnidad.

Se nos derriten las entrañas de lástima y se nos pone como una bellota de pequeño el corazón apenas á algún pez gordo le ocurre algún contratiempo.

Y precisamente los contratiempos de los gordos son los que menos lástima debían de dar á nadie, y, en cambio, los de los flacos más tristeza y más lástima.

Esto no lo digo porque EL FUSIL sea enemigo de los gordos. No, señor. EL FUSIL en primer lugar no es enemigo más que de las cosas injustas y de los malos y de los burros, sean blancos ó negros, sino andan derechos.

Lo digo solamente porque según el orden de la razón, debía de suceder lo contrario de lo que sucede.

Y sucede que si un albañil ó un zapatero remendón ó un aguador se caen de un andamio ó de una bohardilla, ó de su burro, á mitad de la calle, y se descriman en el empedrado, la gente no dice nada. Se encoge de hombros, ó si tiene lástima es muy chiquita, y de seguida la olvida.

Pero si un rico va corriendo con su automóvil para divertirse y se despampana

